

Isidro. Relato del Campo de Concentración de Albatera

Isidro. Relat del Camp de Concentració d'Albatera

*Isabel M.^a Abellán Cuesta
IES Alfonso X el Sabio. Murcia*

RESUMEN

Se relata la historia de Isidro, un joven miliciano anarquista que, al terminar la Guerra Civil, fue conducido desde el puerto de Alicante al Campo de Concentración de Albatera. La reconstrucción de la vida en el campo de concentración se basa en las numerosas entrevistas realizadas al protagonista entre 2009 y 2011. Se recogen asimismo otros testimonios de víctimas del campo de concentración entrevistados en 2000 y 2001.

RESUM

Es relata la història d'Isidro, un jove milicià anarquista que, en acabar la Guerra Civil, va ser conduït des del port d'Alacant al Camp de Concentració d'Albatera. La reconstrucció de la vida en el camp de concentració es basa en les nombroses entrevistes realitzades al protagonista entre 2009 i 2011. Es recullen

així mateix altres testimoniats de víctimes del camp de concentració entrevistats en 2000 i 2001.

Palabras clave: Isidro Benet Palou; Franquismo; posguerra; represión; campo de concentración; Albaterra; Alicante. Historia Oral. Sed. Hambre. Estreñimiento. Deshumanización. Las Comisiones.

Praules Clau: Isidro Benet Palou; Franquisme; posguerra; represió; camp de concentració; Albaterra; Alacant. Història Oral. Sed. Fam. Estreñimiento. Deshumanització. Les Comissions.

Isidro, Relato del campo de concentración de Albaterra, tiene un lejano origen.

Soy profesora de Geografía e Historia. Todo lo que voy a contar en estas páginas se gestó durante el curso 1990-91. Nació como un proyecto pedagógico para motivar, en el estudio de la Historia, a un grupo de alumnos de 3º de BUP. En aquellos años, nuestro centro era una extensión del instituto de Callosa de Segura, se encontraba en una localidad cercana, en Albaterra. El local donde nos alojó el Ayuntamiento se llamaba "Veinticinco años de paz", todo un símbolo.

Necesitaba convencer a mis alumnos de la importancia que el pasado puede tener en el presente. Porque mis alumnos eran muy escépticos. Se trataba de un grupo de alumnos de ciencias que no entendía por qué tenían que cursar la asignatura de Historia. Repetían con insistencia que para ellos el pasado no tenía ningún interés.

Casualmente había asistido recientemente a unas jornadas de Historia Oral en la Universidad de Alicante. Los ponentes nos explicaron la importancia de incorporar la historia oral, como un complemento muy importante, a nuestras explicaciones en clase. Comprendí que aquella podría ser una manera bastante efectiva para lograr una alta motivación hacia mi asignatura.

En aquellos años, 1990-91, la entidad bancaria ya extinguida, la

CAM, ofrecía premios a proyectos de investigación con alumnos. Aquello fue un doble incentivo: pensé que si ganaba ese premio podría hacer que mis alumnos realizaran sus entrevistas con grabadoras, ya que con la cuantía del mismo podría adquirir las suficientes para cada dos o tres alumnos. Con las grabadoras podríamos dejar constancia de los testimonios que fuéramos recogiendo. También podría, si conseguía ganar el premio, llevar a mis alumnos a visitar archivos. De esta manera podría combinar:

- Explicaciones en clase.
- Entrevistas a nuestros mayores. Historia Oral.
- Visitas a archivos donde mis alumnos pudieran tener acceso a fuentes primarias.

Redacté mi proyecto que titulé: “La historia no escrita de un pueblo de la Vega Baja: Albaterra.” Y lo presenté al concurso.

En enero de 1991 fui a Orihuela, acompañada de la directora de mi centro, Doña Ana Trigueros, a la sede principal de la CAM, a recoger el premio.

Así fue cómo pude poner en marcha un proyecto que ya era ilusionante desde su origen, pero que ahora, gracias a la dotación económica que nos proporcionaba el haber obtenido el premio, doscientas mil pesetas de la época que administraba el secretario del instituto, era mucho más interesante por la posibilidad de convertir a mis alumnos en auténticos investigadores.

El trabajo de campo teníamos que hacerlo fuera de nuestro horario lectivo. Yo quedaba cada tarde con un grupo distinto para ayudarlo con sus entrevistas. Había podido comprobar que se estaba produciendo algo que ya nos advirtieron en aquellas jornadas sobre historia oral: Los alumnos y las alumnas no sabían qué hacer con el torrente de recuerdos e información que los mayores aportaban. Se sentían desbordados. Tampoco sabían cómo organizar la enorme cantidad de información que sus entrevistados les aportaban. En fin.

Un día a la semana lo dedicábamos a hacer lo que yo llamaba

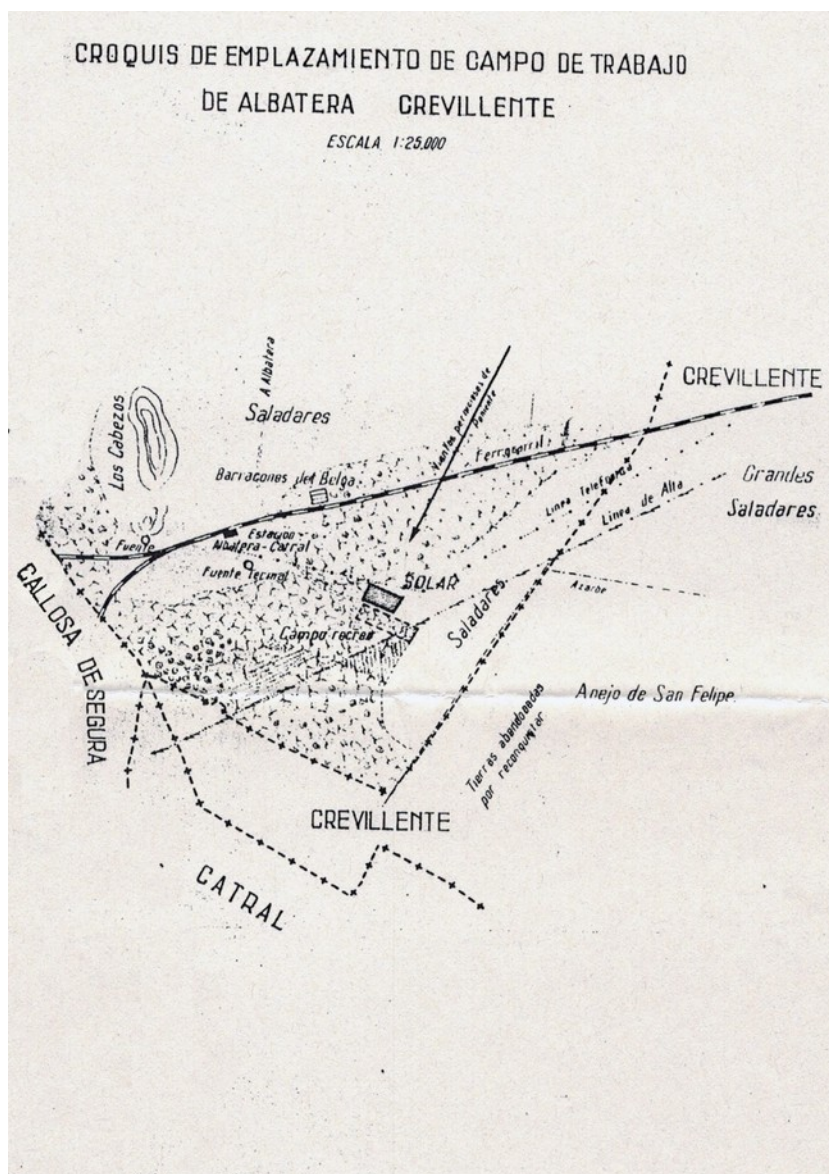
“una puesta en común”: cada grupo explicaba en clase qué entrevistas había hecho y qué información había recogido. Aprendimos todos muchísimas cosas sobre la vida de abuelos, tíos y vecinos de mis alumnos durante su juventud. Todos ellos fueron jóvenes durante la Segunda República y la Guerra Civil. Así fue cómo supimos que, oficialmente, la guerra terminó el 1 de abril de 1931 en el Puerto de Alicante. Un lugar terrible en aquellos días donde se agolpaban miles de personas venidas desde todos los puntos de la geografía española para partir al exilio en los barcos que el gobierno francés había prometido. Todos querían huir de una segura represión. Pero no todos los consiguieron. Cuando las tropas italianas rodearon el puerto de Alicante, muchos supieron que todo había acabado definitivamente. Hubo muchos suicidios. Más tarde también hubo fusilamientos en el Castillo de Santa Bárbara. Los que sobrevivieron fueron conducidos a distintos lugares: las mujeres y los niños fueron separados de sus padres y maridos y conducidos a improvisadas cárceles: cines, hospitales, conventos... más tarde, esas mujeres con sus niños, serían trasladadas a otras cárceles de la Península. Los hombres que sobrevivieron fueron conducidos inicialmente a un campo situado a las afueras de Alicante: Al Campo de los Almendros” y de allí, unos días después, en tren, en vagones de ganado, a un campo de trabajo construido durante la Segunda República y reconvertido, para la ocasión, en campo de concentración.

Pero todo esto que ahora estoy adelantando lo desconocíamos entonces. Lo fui descubriendo años después, cuando mis alumnos ya habían terminado sus estudios en el instituto y muchos continuaban su formación en distintas universidades. Decidí que debía terminar aquella investigación que había empezado en el curso 1990-91 como un proyecto pedagógico. Pero mientras tanto descubría algo que ni mis compañeros de promoción ni yo jamás habíamos estudiado en la facultad: Y era, precisamente, lo que había sucedido en el Puerto de Alicante durante los últimos días de marzo y el 1 de abril. Y junto

a este descubrimiento, otro mucho más inquietante del que nos hablaban sin cesar nuestros entrevistados: la existencia de muchas cartas que los que iban a morir de forma inmediata habían escrito a sus familiares para despedirse de ellos. Esas cartas no habían llegado a su destino. Después de consultar con mis profesores del Departamento de Historia Moderna y Contemporánea de Murcia, seguí su consejo y, gracias a la generosa dotación del premio de la CAM, pusimos rumbo, durante la Semana Santa de 1991 a Madrid. Íbamos a visitar la fundación Pablo Iglesias/Largo Caballero. Era allí donde, según mi profesora, la Catedrática doña Encarna Nicolás, especialista en franquismo, podían hallarse aquellas cartas.

Cada uno de nosotros portaba, en un folio, una lista con los nombres de los autores de las cartas que nunca habían llegado a sus destinatarios.

Fue el destino o la casualidad. No sé qué pudo ser. He pensado muchas veces en esto, porque lo que sucedió aquel día cambió mi vida para siempre, y de qué manera. Porque entre el montón de cartas que los archiveros depositaron sobre mi mesa había un sobre mucho más grande que los demás. En su interior había unos planos y la ubicación exacta de donde se levantó aquella extraña construcción.



En el año 2000 publiqué un primer libro sobre el Campo de Concentración de Albaterra. Pensé que se lo debía a los alumnos con los que inicié este proyecto pedagógico, pero también a todos mis alumnos de generaciones posteriores. Me pa-

reció que para llegar a todos ellos, y también, por qué no, para llegar a un público más amplio, era mucho mejor mostrar lo que sucedió de forma novelada. Aquel primer libro se tituló: *La línea del Horizonte*. En ella contaba todo lo que hasta la fecha había conseguido averiguar sobre aquel lugar que nadie parecía recordar. Todas las personas de la zona, salvo una, a las que fui mostrando aquellos planos me aseguraron que no sabían nada de todo aquello, a pesar de que la ubicación, como se puede ver un poco más arriba, indica, con toda claridad, dónde se encontraba.

Sin embargo, aquella primera publicación me abrió una puerta inesperada: la de los supervivientes. Gracias al interés que la prensa mostró por mi trabajo, muchos hijos e hijas de los hombres que habían sobrevivido al campo de concentración de Albaterra, se pusieron en contacto conmigo, todos me pidieron que fuera a conocer a sus padres, porque todos ellos me podían contar muchas cosas. Nunca dije, en el transcurso de las siguientes entrevistas, lo que ya había averiguado sobre las duras condiciones de vida en aquel lugar. El campo de concentración de Albaterra está considerado el más duro de los que hubo al terminar la Guerra Civil. Mi forma de trabajar consiste en dejarlos hablar sin interrupciones, si acaso una pequeña intervención para solicitar alguna aclaración. Creo que cuando trabajamos en *Historia Oral*, una vez que hemos hecho regresar al entrevistado al escenario donde tanto sufrió, hay que dejarlo hablar. Se tiene que desahogar. Qué menos.

Durante aquellas primeras entrevistas constaté, con asombro, la idéntica coincidencia en el recuerdo. Todos insistían, y mucho, en las cinco cuestiones que expongo a continuación y, siempre, sorprendentemente, por este orden:

1º.- La sed. Tardaron casi una semana entera que beber un poco de agua potable. No fue hasta que consiguieron hacer llegar un camión cisterna desde Orihuela. Anteriormente habían encontrado agua en un pozo de la sierra de Callosa del Segura, pero era agua salada. El propio campo está situado so-

bre un saladar. Este hecho hizo que las condiciones de vida fueran espantosas, porque al sol del cielo se unía su reflejo en los millones de cristales salinos del suelo. Esta circunstancia ayuda a comprender el elevado grado de mortalidad por deshidratación e infecciones cutáneas.

2°.- El hambre. Los primeros días tampoco comieron nada. Hacia el final de la primera semana en el campo empezó a llegar la comida: un pequeño chusco de pan y una lata de sardinas que contenía tres piezas. Esta frugal comida había que compartirla entre cinco presos. Al principio el reparto dio lugar a peleas. Poco a poco se fueron organizando de distintas maneras.

3°.- El estreñimiento. La falta de líquidos y comida hacía imposible el tránsito intestinal. Se tenían que ayudar unos a otros con la llave que portaban en aquella época las latas de sardinas.

4°.- La deshumanización. Todos los entrevistados coinciden en que una vez atravesaban las puertas de aquel lugar se les hacía saber que ya no eran hombres, que ya no eran nada. Estaban a merced de personas que en cualquier momento podían hacer con ellos lo que quisieran. Algo que por desgracia era muy cierto. Todos los entrevistados, sin excepción, relatan el horror que sintieron cuando la primera noche, por megafonía, les dijeron que se tenían que tumbar en el suelo. El campo de trabajo, cuando se construyó, tenía capacidad para unas ochocientas personas, en los primeros días de abril se hacinaron más de veinte mil. Físicamente era imposible tumbarse. Pero un soldado, desde una torreta, soltó una ráfaga de ametralladora y muchos murieron. Fue entonces cuando comprendieron que sus vidas, para sus carceleros, no tenían ningún valor.

5°.- La visita de las comisiones. Todos los días los presos tenían que formar, cantar el Cara al Sol y gritar, al unísono: España: Una, Grande y Libre. Como nunca lo hacían todos a la vez, tenían que volver a repetirlo una y otra vez. Muchos se desmayaban. Mientras estaban formados, las filas eran recorridas por

personas llegadas de todos los puntos de España, eran las temidas comisiones, venían buscando a una persona de su pueblo o ciudad para fusilarlo en el lugar donde había nacido. Una vez lo encontraban lo sacaban del grupo y se lo llevaba a rastras. En alguna ocasión, llegaron a fusilar a aquella persona delante de todos sus compañeros.

Esta era, con pocas variantes, la información que conseguí recoger durante mis entrevistas en el año 2000/2001. Todas las personas que entrevisté durante este año me pidieron lo mismo: que contara su historia y que mantuviera en secreto su identidad. Uno de los entrevistados que tenía 93 años me dijo que era porque tenía miedo de que el Gobierno le quitara su pensión. Otro, por miedo a sus vecinos.

El problema era que yo acababa de publicar un libro en el que mencionaba muchas de las cosas que ellos me relataban. Guardé sus entrevistas, que siempre transcribo, porque a veces sus voces me resultan difíciles de entender cuando las escucho. Y de momento no escribí nada más sobre este campo de concentración. Hasta que en 2009 me invitaron a asistir a unas jornadas que tenían lugar en San Isidro, un pueblo de reciente creación ubicado junto al lugar donde estuvo el campo. Fue allí, en aquellas jornadas, cuando conocí a Isidro Benet Palou. Tenía entonces 93 años y una cabeza en plena forma y fantásticamente organizada. Él me contó muchas cosas del día a día en el campo que yo ignoraba, pero, sobre todo, cómo supo ingeniárselas para conseguir sobrevivir a la dureza del campo y cómo, con su extraordinaria inteligencia, salvó la vida de muchos compañeros.



